



# El Club de los Hermanos Mayores

Beatriz Berrocal

Ilustraciones de Inma Almansa



algar

## Cosme, Sete, Lara y Eva

Hoy me ha caído otra vez la bronca del siglo, y todo por culpa de mis hermanos pequeños. Estoy muy harto de que siempre que hacen una trastada tenga yo que llevarme la reprimenda solo por eso, por ser mayor que ellos. Como si hubiese elegido nacer antes para ser responsable de todo lo que hacen... Bueno, de todo lo que hacen mal, porque, cuando hacen cosas buenas —pocas veces, pero alguna hay—, es gracias a que son unos niños maravillosos, no gracias a mí. En esos casos, es como si dejase de ser ese hermano mayor que tanto tiene que cuidarlos y me volviese invisible.

—Bruno, ¿ya te la han liado otra vez Tomás y Jonás? Estás más serio que una patata.

Mi amigo Sete me conoce bien y sabe que, cuando estoy así de serio, mis hermanos no pueden estar lejos.

Él también tiene una hermana pequeña y en más de una ocasión le ha tocado cuidarla porque sus padres tienen que trabajar por las tardes, pero Luna solo tiene un año, está aprendiendo a andar y todavía no las lía tan gordas como mis dos hermanos. Tienen tres años y no hacen nada más que inventar trastadas que siempre terminan mal y con la típica frase de mi padre: «¿Pero es que no los has visto? ¡Si mirases un poco menos hacia la televisión y un poco más hacia ellos...!».

Sete y yo hemos quedado con algunos de clase. Tenemos que hacer un trabajo que nos ha mandado la de Sociales. Nos reuniremos en casa de Eva porque su padre pone unas meriendas que lo flipas y, además, si hace bueno, salimos al jardín y nos ponemos debajo de unos árboles muy chulos que dan sombra. Y si hace más bueno todavía, hasta nos damos un baño en la piscina. Pero eso en verano, ahora no, porque es noviembre y tienen la piscina verdusca por unos líquidos que le echan para que no se congele. Además, los árboles no dan sombra porque no tienen hojas. De todo lo que he dicho, lo que sigue, ya sea noviembre o agosto, es lo bien que cocina su padre. Eso no cambia. A veces le salen las recetas más ricas y a veces un poco churrillo mareado, pero siempre están buenas. Está haciendo un curso de cocina y practica con nosotros. Dice Eva que nos utiliza para experimentar, pero no nos importa porque hasta lo que le sale menos bien está riquísimo.



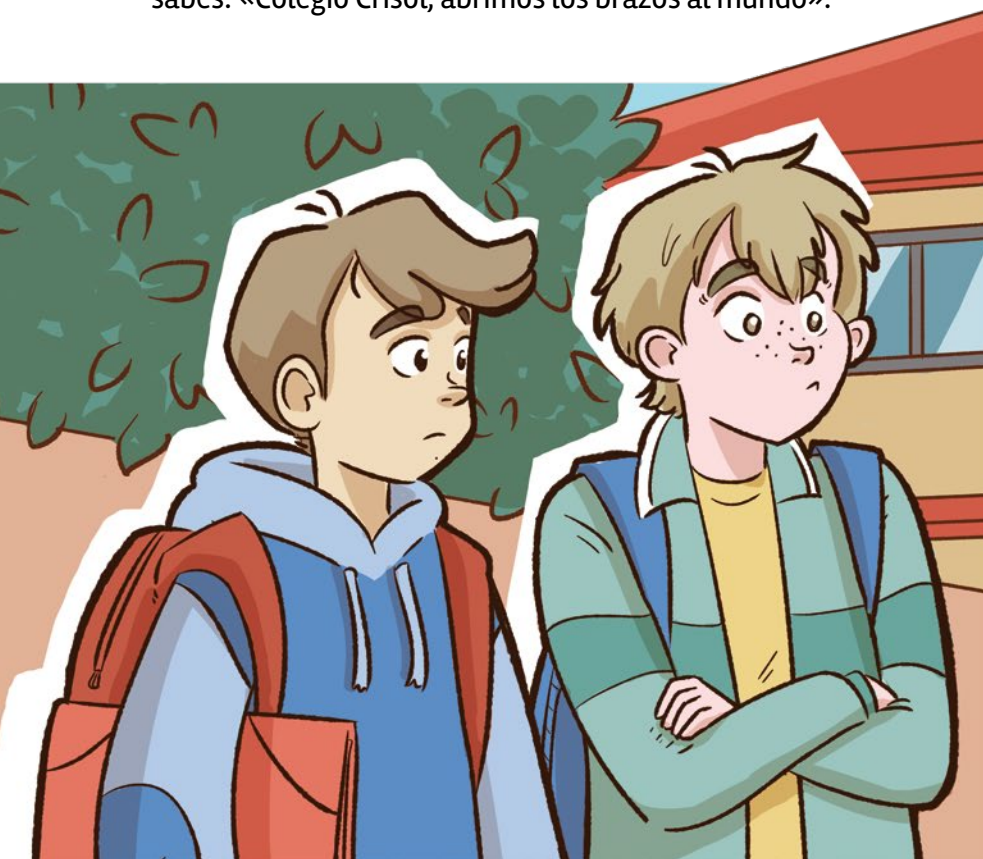


En el cruce de la esquina, nos encontramos con Lara para ir juntos a casa de Eva.

—¿Tú también estás chungo? —pregunta Sete al ver que Lara tampoco tiene la tarde graciosa—. Bruno está con cara de cartón por las trastadas de los mellizos, ¿y a ti qué te pasa?

—A mí... Es que no me apetece hacer el trabajo este. No sé por qué tenemos que hacerlo solo porque vayan a venir chicos nuevos a clase. Cada vez que llega alguien nuevo, hay que hacer un trabajo. ¡Es un rollo!

—Bueno, nuestro colegio es así —dice Sete—. Ya sabes: «Colegio Crisol, abrimos los brazos al mundo».



Imita la voz de la directora, que siempre dice eso porque está muy orgullosa de que en nuestro pequeño centro haya niños de varios países. Y eso que somos muy pocos, porque en Molineros, nuestro pueblo, tampoco hay muchos niños.

—Ya lo sé, pero, si eso supone que tengamos que estar haciendo trabajos todos los días, pues... me aburro.

—Bueno —digo para animarla un poco—, así vamos a casa de Eva, merendamos y jugamos un rato con Gandul y Trola.

Mi casa tiene un patio muy pequeño; ni jardín, ni árboles como la de Eva, así que no me dejan tener



perros... Bueno, por eso y porque soy alérgico. Me enteré gracias a ellos, ya que, cuando voy a su casa, me paso horas estornudando, pero da igual, porque a mí me gustan y quiero jugar. Mi padre me dice que no debo hacerlo, pero es que Trola y Gandul molan mucho. En cuanto me ven, se me echan encima y me llenan de lametones para que sepa que a ellos también les gusta jugar conmigo. Mi padre siempre sabe cuándo he estado con ellos porque puedo estornudar veinte veces y se me nota bastante. «Si sabes que no te sienta bien estar con perros, ¿para qué vas?». «Tampoco me sienta bien estar con los mellizos y tengo que cuidarlos».

Es verdad que con mis hermanos no estornudo, pero me enfadan, que es peor. Y eso parece que no importa.

—Ya hicimos —recuerda Lara— un trabajo de China y otro del Sahara cuando vinieron al colegio Cheng-Pepe y Muna. También uno de Siria cuando vinieron Husaín y sus hermanos. Y ahora, uno de Ucrania... Como sigamos así, vamos a conocer todo el mundo.

—Bueno, no estaría mal —digo, porque a mí me gustaría mucho viajar, aunque solo he ido a las excursiones del colegio—. Conocer todo el mundo tiene que ser chulo. Yo creo que es muy grande, y, como es redondo y no tiene esquinas, puedes ir y venir sin parar.

Me miran y nos reímos los tres. Estamos llegando a casa de Eva, y desde el principio de la calle me llega un olorcillo que reconozco nada más afinar un poco el olfato:

—¡Barbacoa! —les suelto—. ¡Hoy nos ha hecho algo a la barbacoa! ¿Chuletillas? ¿Hamburguesas? Huum, huum...

Intento catar el aire como si fuese un sabueso tratando de localizar su presa. Juraría que son costillas bien churruscadas. O puede que pinchos morunos, no sé, no sé... La verdad es que parece una comida más típica del verano, pero el padre de Eva no le hace ascos a nada sea la época que sea. Lo que quiere es poner en práctica todo lo que está aprendiendo en la academia de cocina a la que va y que le cuesta una buena pasta (de la italiana no, de la de metal, o sea, dinero). Y, como su familia ya está un poco cansada, aprovecha cuando estamos nosotros para lucirse... O no, porque a veces no se queda contento con el resultado. Pero eso ya es cosa suya, porque a nosotros nos gusta todo. Son cosas que se salen de lo normal, y nos da igual si las esferificaciones no quedan tan esféricas como debieran. Nos divierte probar cosas distintas porque no tomamos a diario *coulant* de melocotón con aire de jazmín ni cesta de frutos del bosque con manto de noche de luna. Mi padre nos hace una cazuela de alubias, y los aires ya los ponemos nosotros después... 😊





—Pero ¿quién está aquí? ¡Mira, Eva, mira quiénes han venido!

Se hace el sorprendido, como si no nos estuviese esperando desde hace horas. Está muy gracioso con el delantal a modo de paleta de pintor. Pero de un pintor de paredes, no de cuadros, porque lo tiene lleno de brochazos grandes de todos los colores que te puedas imaginar en una cocina. Tiene la cara manchada y las gafas salpicadas de gotitas rojas. Podría ser un chef de alta cocina o un asesino en serie: cualquiera de las dos cosas le encaja perfectamente con el atuendo que lleva.

Esto que voy a decir no lo estoy diciendo. No me gusta ni siquiera pensarlo, pero es que hay veces que se piensan cosas que no se quieren pensar, se escapan sin permiso y se meten en la cabeza, y tú quieres echarlas de ahí y no se van.

Por ejemplo, no quiero pensar que me gustaría tener un padre tan simpático como el de Eva. No quiero pensarlo, porque quiero mucho al mío, pero a veces... lo pienso. ☹️

